

## Hablemos de la Inmaculada Concepción

Una entrevista con el Doctor Sutil  
Fray Juan Duns Escoto



## Hablemos de la Inmaculada Concepción

Una entrevista con el Doctor Sutil  
Fray Juan Duns Escoto

La biblioteca es para mí un lugar delicioso. Hay silencio y soledad. En su ambiente recogido y saturado de olor “científico”, parece que los libros laten en sus vitrinas con una vida real y perenne. Muchos y largos ratos he pasado en ella a la caza de doctrinas empolvadas y personajes desapercibidos. Y tengo buena amistad trabada con autores sagrados y profanos que conversan conmigo en la serenidad de sus páginas impresas. Sin embargo, no sé por qué, siempre le tuve miedo al rincón aquel donde duermen su letargo secular los autores medievales. Será quizás por una prevención hacia las metafísicas enrevesadas, y a los “*atquis*” y “*ergos*” de sus disquisiciones. El caso es que, para mí, nunca han variado de posición, y ahí están, pálidos de siglos, con sus títulos borrosos y sus páginas hechas de campos de fuego de traviesas y malévolas polillas de biblioteca, con la tiesura y empaque que un buen día les diera el paciente bibliotecario.

Pero esta noche, sin darme cuenta, me hallé de pronto ante la vitrina antañona y polvorienta. En ella los nombres manoseados y traídos de las teologías. Santo Tomás de Aquino, Egidio Romano, el Ferrariense, Cayetano, Alejandro de Hales, San Buenaventura...casi maquinalmente alargué mi mano y tomé un pergamino de título ilegible. Con curiosidad y respeto lo abrí y me encontré que eran los comentarios a las sentencias de Pedro Lombardo, concretamente el libro tercero. Doliéndome interiormente de haber quebrado el reposo del venerable sistematizador de la Teología franciscana, ya me disponía a ponerlo en su lugar, después de haber ahuyentado a dos indiscretos bichejos que andaban merendándose tranquilamente la premisa mayor de una distinción, cuando se me ocurrió que no estaría mal hacer una entrevista al doctor Sutil. Es precisamente el heraldo de la Inmaculada Concepción de María y unas palabras tuyas valen tanto o más que una disertación nuestra. Después de todo, pensaba, sería una nota de “actualidad” para los lectores de ESPIGAS Y AZUCENAS en el mes de diciembre.

Y como si hubiera adivinado nuestros pensamientos el mismo Duns Escoto surgió de entre las páginas entumecidas el mamotreto. Alto y estilizado como sus argumentos, ojos profundos y plenos de contemplaciones metafísicas, con su hábito pardo de franciscano, y una finura exquisita en todo su conjunto. Entornó momentáneamente los ojos aturdidos por el resplandor de la luz eléctrica, y luego los dirigió asombrados hacia mí.

-Buenas noches, venerable Doctor, le dije alargándole mi mano.

-Que Dios os las conceda a vos, respondió con una voz joven aún, pero apagada, casi sepulcral.

-Permitidme que me presente, y le alargué una tarjeta en la que se leía: “Fray Bautista, O.F.M.”

El bueno de Escoto la tomó habiéndola curioseado me miró en una interrogante asombrado.

Yo caí en la cuenta que estaba hablando con un personaje del medievo. Así que.

-Perdonad, le dije sonriendo, no había pensado que quizás no sabríais lo que significan esos cartoncitos. Pues yo, doctor Sutil, soy...

-Llamadme Fray Juan –interrumpió- os lo suplico. Somos, a lo que parece pos vuestros hábitos, hijos del Seráfico San Francisco, y no está bien que me deis ese título honroso, que no merezco, y que, por lo que he podido colegir, me ha dado la posteridad.

-Os decía que soy un franciscano que se llama Fray Bautista. Mi labor principal es el apostolado directo en las lamas. Y mis ratos libres me dedico a escribir algunas cosillas para una revista que se llama ESPIGAS Y AZUCENAS.

- ¿Revista?, Inquirió el sutil extrañado.

-Perdón, exclamé de nuevo, no tenéis obligación a conocer qué es eso. Una revista es una publicación donde la doctrina da en pequeñas dosis, y que aparece periódicamente. La nuestra es muy hermosa y popular. Son muchos los millares de números que se editan, y, por la gracia de Dios, no poco el bien que se consigue.

-Y ¿consiente tal cosa nuestro Padre San Francisco? Ya sabéis que él siempre fue cometido en esas cosas de publicidad.

-Se trata del bien de las almas y de la gloria de Dios, repuse yo. Además, no es innovación, Es cambio de postura bajo un mismo símbolo. Los tiempos han corrido, y la adaptación al medio es de vital necesidad. En el siglo XIII se predicaba a los herejes cara a cara, y cuando éstos no querían oír, siempre había pececillos en el mar dispuestos a escuchar la palabra de Dios. Nuestra revista es el mar y lago donde la doctrina dosificada es anzuelo para los incrédulos y alimento para los fieles.

Tenéis imaginación poética, Fray Bautista –sonrió el Sutil.

-Mejor diréis franciscana.

Hubo una pequeña transición. El silencio era profundo. Miré mi reloj, del que se asombró no poco Fray Juan Duns Escoto, y le dije:

-Os diré el objeto de mi entrevista en dos palabras, pues se acerca la hora de la colación y pronto sonará la campana.

-Decid, que os escucho. –y escondió sus manos en las amplias mangas del sayal. Es el mes de noviembre, y ya refresca por las noches un tantico así.

-Quisiera que me dijérais algo sobre la Inmaculada Concepción de María. Siempre es hermoso oír hablar de la Madre de Dios. Pero nunca lo es tanto, como cuando el que habla es franciscano y defensor acérrimo de sus prerrogativas como vos lo fuisteis.

- ¡La Inmaculada Concepción de María! –exclamó Escoto con un acento ubérrimo de mieles místicas. Y miró hacia arriba como si viera ante sus ojos a la Madre de Dios.

-Y ¿Qué queréis que os diga –prosiguió- si todo está definido claramente por la Iglesia?

-Lo que os plazca. Vuestra posición en la controversia dogmática, por ejemplo.

-Mi posición fue sencillamente la de plantear la cuestión en su estricta desnudez. –Y al decir esto se animó su rostro al conjuro del recuerdo y su voz tomó la robustez de sus años de lucha.

-Esa es la opinión que nos hemos formado al leer vuestras obras. Porque, según tengo entendido, nadie se había propuesto el problema en toda su amplitud.

-En efecto. Todos eludían la cuestión delicadamente. Ya Enrique de Gante, de nuestra escuela, se había acercado mucho, pero no tuvo valor para pasar adelante, y así sostuvo que María Santísima estuvo en el pecado original “como de paso y por un instante”. Él formuló por primera vez el argumento conocidísimo “*potuit, deuit...*” (pudo, convino). Pero al llegar al “*ergo fecit*” (luego, lo hizo) que pedía la ilación lógica se detuvo como atarazado por una mano gigantesca. Y respondió: “¿Lo hizo? No lo sé. Dios lo sabe”.

Un predecesor mío en Oxford, Fray Guillermo de Ware, maestro mío que fue comentarista a las sentencias del Lombardo, dio un paso más al frente. Y concluyó que la Concepción Inmaculada de María. Pero no fundó su conclusión. Su argumento mayor, para él, era su veneración por nuestra Señora, y más quiso faltar por abundancia que por defecto.

-Y ¿En esta situación de cosas...?

Me tocó a mí entrar en el palenque de la discusión. Yo no hice sino formular la cuestión en sus términos exactos. Era necesario con el problema en toda su amplitud y crudeza. Había dos verdades que armonizar: la Concepción Inmaculada de María y su Redención por Cristo. Y lo conseguí. No por mí, sino por Ella. Y lancé rotundamente el “*ergo fecit*” (luego, lo hizo) que todos anhelábamos.

- ¿Su Tesis?

-Muy sencilla: ¿Fue la Virgen Santísima concebida en el pecado original? A lo que respondí negativamente. El argumento es largo y sutil, -perdón por la autoalabanza- y abarca los testimonios de los Santos Padres y las enseñanzas de los teólogos. Poco más o menos se puede reducir a estos puntos: La concepción inmaculada de María no se opone a la universalidad del pecado original, ni a la universalidad de la Redención hecha por Cristo. Este redimió a su Madre de un modo tan perfecto que por virtud de la misma redención nunca llegó a contraer la culpa original, distinta de la redención liberativa del pecado ya contraído, y que es la que opera en nosotros. Y esto precisamente por la excelencia de su Hijo como Redentor, reconciliador y mediador que aquí redimió, reconcilió y medió de una manera perfectísima con respecto a María, la criatura más excelente, salida de las manos de Dios. Modo de redención que es único como única es María. De no hacerlo con su Madre, ¿con quién lo iba a hacer?...

Embebido estaba el Sutil en su argumentación, y embebido estaba yo en la agudeza y claridad de su mente cuando sonó a lo lejos la campana de la Comunidad. Miré mi reloj y con gesto compungido moví la cabeza. Pero era necesario obedecer.

- “Allí en el cielo, dijo sonriendo mientras recogía sus hábitos para introducirse en el pergamino, está la Santísima Virgen Madre de Dios, quien nunca fue su enemiga, en acto por razón del pecado actual, ni tampoco por razón del original: lo hubiera estado, no obstante, a no ser de él preservada” (Int.3 Sentent, d. XVIII q. 1). Dígalo así, Fray Juan Bautista, a los lectores de esa...

-Revista –insinué yo.

-Sí, de la revista que es “como un lado donde la doctrina está dosificada, para ser anzuelo de incrédulos y alimento de las almas buenas” –dijo repitiendo mi definición con una finura inolvidable.

-Dios le pague esta entrevista, Fray Juan, -dije yo recogiendo mis apuntes- y perdone el atrevimiento y la osadía.

-Nada hay que perdonar –interrumpió el sutil. –De buena gana marcharía yo también a la colación, para conversar luego con esos buenos Padres y hablar de María una vez más. De María todo es poco. Pero...-y me hizo un saludo con su mano delgada y aristocrática.

Iba yo a colocar el libro en su lugar, cuando asomó la cabeza el buen fraile, allá entre las páginas 116 y 120, no recuerdo bien, y me dijo:

-No olvide que me tiene siempre a su disposición. Ya conoce el domicilio. –Y se escondió definitivamente.

Esta fue la entrevista que tuve con el Doctor Sutil Juan Duns Escoto, allá en el rincón de los libros añejos de la biblioteca.

*Fray Bautista (¿Seudónimo?)  
Espigas y Azucenas, 1947.*

Juan Duns Escoto nació en Escocia, a finales del año 1265, e ingresó de joven en la Primera Orden Franciscana, y fue ordenado presbítero en 1291. Obtuvo los grados académicos en la Universidad de la Sorbona de París. Posteriormente desempeñó el cargo de maestro en las Universidades de Cambridge, Oxford, París y Colonia. Hijo fiel de san Francisco, investigó con gran sutileza la revelación divina y publicó muchos libros de teología y de filosofía. Fue un ferviente heraldo del misterio de la Encarnación del Verbo, un incansable paladín de la Inmaculada Concepción de la Virgen María y un defensor de la suma autoridad del romano pontífice. En 1303 fue desterrado de París, por haberse negado a suscribir el libelo del rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, contra el papa Bonifacio VIII. Murió repentinamente, a la edad de 43 años, el 8 de noviembre de 1308, en la ciudad de Colonia, donde vivía entregado en cuerpo y alma a su tarea docente.

Las virtudes cristianas en las que sobresalió le proporcionaron, ya en vida, gran fama de santidad. Desde poco tiempo después de su muerte se le rindió culto público en la Familia Franciscana, en Colonia, donde está sepultado, y en Nola, Italia, un culto que el papa Juan Pablo II confirmó el 20 de marzo de 1993.